EN

DEFENSA DE ESPAÑA,

CUESTIONES

DE

CUBA Y VENEZUELA,

"AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS"

POR

R. VEREA.

GUATEMALA

Tipografía SÁNCHEZ Y DE GUISE — Octava Calle Poniente, No. 5

Teléfono No. 205

1896

EN DEFENSA DE ESPAÑA,

CUESTIONES

DE

CUBA Y VENEZUELA,

"AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS"

POR

R. VEREA.

GUATEMALA

Tipografía SÁNCHEZ Y DE GUISE — Octava Calle Poniente, No. 5

Teléfono No. 205

1896

533244

En defensa de España

> Un país así, que no opone el contrapeso de sus derechos á los desmanes de la autoridad, es un país perdido para la libertad y para la democracia.—D. Morales.

Señor don Domingo Morales.

Muy ilustrado señor mío:—Recibí la Tesis que para obtener el título de abogado sostuvo Ud. ante la Directiva de la Facultad de Derecho y Notariado de esta capital. Dándole las gracias por la tan galante como inmerecida dedicatoria con que tuvo Ud. la fineza de obsequiarme, y por la que le viviré siempre agradecido, voy á permitirme hacerle algunas observaciones acerca de un lunar que noto en su por otros conceptos excelente trabajo.

Si fuera yo capaz de examinarle á Ud. en Jurisprudencia, le hubiera dado nota de sobresaliente en lo relativo á *Juris,* y una bola, negra como la tinta y grande como un queso de Flandes, en lo que á la *Prudencia* corresponde.

Con una erudición que admiro, un criterio no común en jóvenes, y en un estilo claro, fluido y correcto, expone Ud. las ventajas del sistema representativo sobre el parlamentario, ya en la teoría ya en la práctica.

En esto no me merece Ud. más que elogios; pero cuando trata de explicar las causas por qué el sistema representativo produjo hasta ahora tan escasos frutos en la América Española, pierde Ud. la brújula y busca en Oriente lo que está en Occidente, sin cuidarse de que hay un océano entre estos dos puntos cardinales.

Habla Ud. del poder absorbente de algunos jefes del Ejecutivo que quieren dominar todos los organismos del Estado, hacienda, leyes, justicia, municipios, etc., y dice Ud. luego:

"No es el sistema representativo la causa de ese cuadro de males que todos lamentamos desde el río Bravo hasta el Estrecho de Magallanes: ese régimen personal que se encuentra en los gobiernos hispano-americanos, tiene otros orígenes.

"Ellos están en España, cuyo espíritu, costumbres, sumisión incondicional á sus reyes, arbitrariedad gubernativa y fanatismo ciego, nosotros hemos heredado."

Un ejemplo práctico me bastará para demostrarle que esos *orígenes* son *originarios* de aquí y no de allá, de los nietos y no de los abuelos.

Veamos.

La isla de Cuba es aún colonia de España. Si los males de estas repúblicas al cabo de tres cuartos de siglo de independencia provienen de la Madre Patria, en la colonia, gobernada por españoles, deben encontrarse centuplicados en cantidad y calidad.

Examinemos.

Con menos extensión territorial que Guatemala y una población casi igual, Cuba tiene más comercio de importación y exportación que las cinco repúblicas de Centro-América.

En ferrocarriles posee la Isla más kilómetros que el Perú, más del doble que Venezuela, más del quíntuplo que Colombia, cerca del doble que toda la América Central.

El ferrocarril principió á funcionar en Cuba trece años antes que en ninguna república hispano-americana y Canadá, uno antes que en Rusia, dos antes que en Italia, siete antes que en Suiza, y ocho antes que en Jamaica.

Con respecto á la ilustración de Cuba, diré que en la Habana se publican de cincuenta y cinco á sesenta periódicos; unos diez y seis de ellos, grandes diarios políticos y de noticias, con servicio especial

telegráfico los principales, y los demás, revistas políticas, científicas, literarias, de agricultura, artes, comercio, oficios, etc.

En Matanzas, Cárdenas, Colón, Sagua, Caibarién, Remedios, Puerto Príncipe, Cuba, Cienfuegos y Pinar del Río, hay unos cuatro diarios á término medio. Las poblaciones que tienen uno y dos periódicos suman más de veinte. Debo advertir á Ud. que el Gobierno no subvenciona á ninguno ni le exime del franqueo.

¿Existen en la América Central tantas publicaciones?

Entre esos periódicos los hay de todos los colores políticos; absolutistas, liberales conservadores, liberales avanzados, republicanos de todos los matices, autonomistas, anexionistas y separatistas.

¿Se consiente tanta libertad en las repúblicas hispanas, excepto tal vez Chile y la Argentina?

Pues bien: si este estado de adelanto material é intelectual se ha conseguido en una colonia gobernada por españoles monárquicos y no se ha conseguido en las ex-colonias libres, gobernadas por americanos, la causa del relativo atraso de las repúblicas no puede en buena lógica atribuirse á la antigua educación de la monarquía absoluta.

Digamos ahora algo de la Administración de Justicia, no en la *actual* colonia española, que supongo no conoce Ud., sino en las *antiguas* colonias de Centro-América y otras, de las que debe Ud. estar mejor enterado que yo.

¿Puede Ud. citarme un solo caso en que el Jefe del Ejecutivo en tiempo de las colonias exigiese á un particular un préstamo forzoso, lo mandase apalear, ó fusilar sin formación de causa, ó que pusiese en libertad á un reo encausado, ó lo indultase antes de juzgarlo?

¿Podrá Ud. negarme que en las repúblicas hispanas ha habido muchos casos de estos?

Y si lo primero no sucedió cuando estos países eran colonias de España, y sí sucedió después que se

hicieron repúblicas independientes ¿en qué se funda Ud. para hacer á la antigua monarquía responsable de hechos en las modernas repúblicas?

Sin necesidad alguna y sólo por rendir tributo á la moda, copia Ud. del inglés Buckle los mayores defectos de los españoles y omite por completo los elogios que de éstos hace el imparcial escritor crítico.

He aquí las frases de Buckle, traducidas al español:

"Ellos (los españoles) han tenido su proporción completa de grandes estadistas, grandes reyes, grandes magistrados y grandes legisladores. Ellos han tenido hábiles y vigorosos gobernantes, y su historia está ennoblecida por la frecuente aparición de valientes y desinteresados patriotas, que han sacrificado todo lo suyo para ayudar á su patria. La bravura del pueblo nunca ha sido disputada; en cuanto á las clases superiores, el honor puntilloso del caballero español ha llegado á ser proverbial en todo el mundo. Como nación en general, los mejores observadores califican á los españoles de espíritus elevados, generosos, verídicos, llenos de integridad, ardientes y celosos amigos, afectuosos en las relaciones privadas de la vida, francos, caritativos y humanos. Su sinceridad en materias religiosas es incuestionable: ellos son además eminentemente sobrios y frugales."

¡Cuán grato es oir estas frases de boca de un extranjero y cuán desconsolador tener que echar mano de ellas para contestar las apasionadas censuras de un hispano!

Sumisión ciega á sus reyes, fanatismo é ignorancia, son los defectos principales que Buckle censura en el pueblo español, y que usted trascribe en sus citas, callando las causas que el citado escritor explica. Las guerras fueron la causa de esa sumisión incondicional; la rebelión contra el jefe en tiempos tales, se mira donde quiera como delito de lesa patria. A la lucha entre franceses y visigodos, por causa del arianismo, siguió poco después la de ocho siglos entre la Cruz y la Media Luna, ó sea entre cristianos y

mahometanos, que fué la más larga conocida en la Historia.

Teniendo estas guerras un carácter más religioso que político, el Estado se alió con la Iglesia, y de ahí el fanatismo y su hermana gemela la ignorancia. Las guerras, y especialmente las civiles, como podemos llamar á la de los españoles con los árabes, empobrecen los pueblos, no sólo por lo que cuestan, sino también por lo que destruyen. ¿Quién podía dedicarse á la agricultura estando constantemente expuesto á las incursiones del enemigo, y con qué brazos se podía contar siendo soldados todos los hombres hábiles? ¿Qué industrias ni qué comercio podían desarrollarse, qué artes florecer, qué instrucción propagarse, cuando la guerra se había vuelto el estado normal?

Terminada la lucha con los moros, sobrevino el descubrimiento, conquista y población de América, y al mismo tiempo las ruinosas campañas de Carlos 5º, Felipe 2º y algunos de sus sucesores. Cuando más necesitaba España de descanso, se vió traidoramente invadida por el Capitán del Siglo y tuvo que conquistar una vez más su independencia, luchando desventajosamente con el mejor ejército de los tiempos modernos, mandado por el rival de César y Alejandro.

Aprovechando esta oportunidad, las posesiones españolas de América, desde México hasta la Argentina, se rebelaron contra la Madre Patria; es decir, más de la mitad del Nuevo Mundo contra un mal equipado ejército á tres mil leguas de su centro de operaciones y con comunicaciones tan difíciles como tardías.

Terminada esta campaña, se renovó en la Península la antes iniciada lucha entre el liberalismo moderno y el secular absolutismo. Tenía éste de su parte la tradición, las glorias militares y el clero, que se había incrustado en el Gobierno y disponía de la mayor parte de la riqueza del país. Vencido después de larga y desastrosa campaña, volvió poco después á la lucha sin obtener mejor éxito.

Hecha á grandes rasgos esta breve reseña, pre-

gunto á los hombres imparciales, conocedores de la Historia: ¿Qué Nación en el mundo ha resistido tantas y tan prolongadas peripecias? ¿Cuál ha emprendido la estupenda é imposible tarea de sujetar el mundo á la fé cristiana, y de poblar y conquistar á través de un océano todo un Nuevo Mundo, mucho más extenso que Europa?

España cayó como Roma, su única rival en grandeza y en hechos de armas; pero no desapareció como ella. Curada de sus vanas glorias y de las locuras de los tiempos pasados, renace de sus cenizas y está en camino de ponerse á la altura de los pueblos más civilizados de Europa y América. Unos pocos años de paz bastarán para desarrollar su comercio, sus industrias, su agricultura y productos naturales. Reducida á cero aquella monarquía que fué la dueña absoluta del Estado, y puesta á sueldo aquella Iglesia que dominó las conciencias, el pueblo será en breve el único árbitro de sus destinos; la libertad del pensamiento no tendrá allí más cortapisas.

Volviendo ahora á los defectos de los españoles, que Ud. dice haber *aprendido* (uso el verbo favorito de usted) en Mr. Buckle, principiaré por la ciega sumisión á los reyes, y valiéndome del mismo autor, le preguntaré á Ud. ¿Cuál es más noble ó menos degradante, esa sumisión en frente del enemigo que ataca la independencia de la patria, ó el asesinato y venta de esos reyes?

Extracto de la obra de Mr. Buckle:

Los escoceses, hoy ingleses, asesinaron á Jaime 1º y Jaime 3º, aprisionaron á Jaime 5º, Jaime 6º, Jaime 7º y María Estuardo. A Carlos 1º, después de vencerlo, se lo vendieron por dinero á los ingleses, que lo ajusticiaron lo mismo que á María Estuardo. Estos reyes eran todos de una sola dinastía. El total de los asesinados lo hace subir un escritor inglés á cuarenta, y á veinte el de los que huyeron ó murieron en prisión. Como esto no fué hecho por españoles, sin duda lo aprobará Ud.

Digamos ahora algo del fanatismo religioso y político.

Mr. Buckle se murió antes de que su reina cumpliese cincuenta años en el trono, y por eso no vió el respeto idolátrico con que los ingleses la sacaron en procesión por las calles de Londres, lo mismo que los católicos sacan sus vírgenes de madera, pero con menos reverencia. Mr. Buckle no vió nada de esto, mas en su tiempo ya se publicaba diariamente en Londres un periódico destinado á decir la hora á que Su Graciosa Majestad se levanta, almuerza, come y se acuesta; qué miembros de la familia y otros personajes la acompañan á la mesa y al paseo; sobre qué versó la conversación; de qué humor estaba S. M.; si tenía el moño derecho ó torcido, etc., etc. Estos *importantes* datos los copian muchos periódicos ingleses. Mr. Buckle se vanagloria de la indiferencia con que los ingleses miran la autoridad real, á la que no concede influencia alguna en la marcha de los negocios del Estado, y no obstante sabía los millares de libras que S. M. y su innumerable prole cuestan á la Nación.

Habla Mr. Buckle de la obediencia religiosa de los españoles á sus reyes pasados, pues su obra sólo alcanza al año 1855, y no se acuerda de que Lady Victoria es á la vez reina de Inglaterra y Papisa de la Iglesia Anglicana, y como tal reconocida y venerada.

Y Mr. Buckle fué testigo de los millones de libras que sus paisanos gastan todos los años enviando y sosteniendo misioneros con sus mujeres é hijos para repartir Biblias por todo el mundo, y predicar los robos, estupros, incestos, poligamias, guerras de exterminio y mil otras barbaridades de que está lleno ese libro, el más confuso, desordenado, oscuro y contradictorio de cuantos se han escrito; libro que no falta, y de gran lujo, en la sala de recibo de ningún protestante; libro crónica que tiene varias hojas en blanco para anotar el nacimiento, casamiento y defunción de cada miembro de la familia, con los acontecimientos más notables de ésta, razones por las que

se conserva en el hogar y pasa de generación en generación como una reliquia.

Sabiendo todo esto y teniendo á la vista Irlanda, el país católico más fanático y retrógrado del mundo, dice Mr. Buckle que en España es donde las viejas creencias más se resisten al progreso moderno.

Mr. Buckle tacha de parciales las rebeliones de las Cortes de Castilla y Aragón y otros levantamientos contra los poderosos monarcas, Carlos 5º, Felipe 2º y algunos de sus sucesores; cree que no fué nada forzar á Fernando 7º á jurar en 1820 la Constitución del año 12; y no sé si á haber vivido en 1868 hubiera negado el título de nacional á la revolución que depuso á Isabel 2ª

Lo que no vió Mr. Buckle por haber muerto, debió saberlo Ud., señor Morales, y tenerlo presente cuando escribió la introducción de su Tesis; Ud. no puede ignorar que si la Monarquía fué restaurada en España, no fué á petición de la mayoría del pueblo, sino por un golpe de fuerza que las circunstancias favorecían. Con una guerra en Cuba, otra de los carlistas en el Norte y otra de los cantonales en el Sud y Este, la república era impotente á causa de la falta de unidad en los jefes. De ahí el que España consintiera en la restauración como un mal menor y un remedio pasajero. La autoridad del Monarca, ó de la Regente, es hoy menor que la del Presidente de los Estados Unidos, nación donde menos influencia interior tiene el Ejecutivo.

Más quiero suponer, señor Morales, que lo que Ud. *aprendió* en el libro de Mr. Buckle, que alcanza al año de 1855, fuera exacto en el dia de hoy; ¿disculparían las faltas de los españoles anteriores á 1821 las de los guatemaltecos y demás hispano-americanos en 1896?

Siendo usted un joven tan erudito debe haber leído la prensa de España, los discursos de las Cortes y la Constitución de la Monarquía, ¿Vió usted en los discursos y en los hechos históricos que la tendencia general sea hacia atrás, ó conservadora tan siquiera?

Ud. que en su discurso cita algunos publicistas españoles y ha leído sin duda otros más, dígame con imparcialidad ¿no encontró usted en ellos un espíritu de progreso? ¿Cree usted que España no ha adelantado nada desde que la América se hizo independiente? Y si esto lo consiguió apesar de su secular educación absolutista ¿cómo no han adelantado ustedes cien veces más que ella habiendo sacudido el gobierno de la monarquía y establecido el régimen republicano con todas sus amplias libertades?

Más imparcial que usted, diré que las ex-colonias han adelantado mucho desde que se hicieron independientes; pero esta misma imparcialidad me obliga á decir también que ese adelanto es debido más bien al régimen y al espíritu del siglo que á los esfuerzos de los ciudadanos en general.

Yo, que amo el progreso sobre todas las cosas, me entristezco cuando oigo decir á hombres de mi raza que no pueden hacer más porque sus abuelos no les enseñaron nada mejor. Tan fútil disculpa puede pasar en niños; pero no en hombres. ¿Qué pensaría usted de un holgazán que para disculpar su pobreza alegase que su padre no le había dejado un rico patrimonio? Ud. sin duda le contestaría—¿y por qué no lo adquieres tú con tu trabajo? ¿Por qué en lugar de estar quejándote todos los dias de la pobreza de tu padre, no haces como tantos otros que nada heredaron y con su propio esfuerzo se enriquecieron?

Quéjanse Ud., señor Morales, y muchos otros ilustrados como Ud., de los excesos de los gobernantes y no levantan la voz para protestar; quéjanse del fanatismo católico y no hay uno que lo combata; todos se encogen de hombros y exclaman como usted, "Herencia de nuestros abuelos!"

¿Qué quieren ustedes? ¿Que después de haberse emancipado de España vengan aquí los españoles á hacer respetar la Constitución y desterrar el fanatismo de las masas?

Si Juárez y Barrios se hubieran disculpado como usted, con la herencia de la colonia, no hubieran

transformado sus respectivas naciones moral y políticamente como las transformaron. ¿Ve Ud. y los que como usted se disculpan, lo que puede un hombre de corazón? ¿Qué hacen usted y esa pléyade de jóvenes instruidos para conservar, si no adelantar, las conquistas de Barrios y Juárez?

Por más que he observado nada he visto. Es más; si ustedes no vencen su indolencia, volverán pronto á caer en manos de los conservadores. Mientras ustedes pierden el tiempo en inútiles quejas, ellos trabajan en silencio. El producto de esos trabajos de zapa no tardará en verse.

Un punto más y concluyo.

Es manía general en Hispano-América sacar siempre á colación los Estados Unidos, atribuyendo el progreso de éstos á la buena educación que les dió Inglaterra.

No voy á historiar los primeros tiempos de las colonias del Norte, ni la diferencia entre aquellos colonos y los de aquí; diré en suma que si los americanos del Norte hubieran sido tan apáticos como los del Centro y Sud en la defensa de sus derechos, estarían los primeros en situación poco menos mala que los segundos. El que haya visto las luchas electorales, el que haya leído las censuras de la prensa al Presidente y demás empleados por el más ligero desliz, comprenderá fácilmente el por qué el Poder Ejecutivo se guarda muy bien de propasarse más allá de lo que la ley le permite. Los politicastros son los que allá manejan la política, y ¡ay del pueblo si no fuera celoso de sus derechos y se los confiara á hombres generalmente desmoralizados! El candidato, por más decente que sea, debe su nombramiento á los políticos de barrio, que negocian los votos en las cantinas por promesas de empleos, dinero efectivo ó *whiskey* á pasto. Los fondos que cada partido suscribe para los gastos electorales, suman millones, y esto no es ningún secreto.

Debiendo los empleados los votos á tales traficantes, se podrá formar una idea de lo que al pueblo

le costará contener á cada uno en la órbita de sus deberes. La influencia de los caciques políticos es un mal que el sufragio universal lleva consigo, mal que requiere vigilancia suma y fuertes cauterios para impedir que tome incremento. Que los ciudadanos fueran allá tan apáticos como lo son por acá, y veríamos en qué venía á parar la educación inglesa.

Termino.

El que quiera conservar sus derechos, debe defenderlos él mismo como si fueran oro.

Cada pueblo tiene el gobierno que se merece, como dicen comunmente, y esto es más verdad en la república, porque no hay empleos hereditarios.

Hacer á nuestros abuelos responsables de nuestros actos, sobre todo después que nos hemos emancipado de su tutela y puesto casa propia, es confesar nuestra impotencia para gobernarnos.

Publicar los defectos de nuestros mayores produce el mismo efecto que el escupir al cielo. Harto habrá quienes lo hagan sin que nosotros los apoyemos. Honrando á nuestros padres nos honramos á nosotros mismos, y vice-versa.

Me detuve, señor Morales, más de lo que pensaba en este asunto, porque al contestarle á Ud. quise contestar también á muchos hombres ilustrados que, más por moda que por convicción, abundan en las mismas preocupaciones de Ud.

¿Qué podrá esperarse de la juventud que se está educando si Uds. en vez de enseñarle con el ejemplo á defender sus derechos, le dicen un día y otro día, de palabra y por escrito, que los abusos de los gobernantes y el fanatismo de las masas son males irremediables, porque los dejó aquí España hace tres cuartos de siglo?

Cuando esos jóvenes sean hombres y vean el atraso en que yacen, no podrán menos de decir: "¡Qué faltos de valor cívico y qué pusilánimes eran nuestros maestros que nada hicieron para defender las libertades conquistadas por los próceres de nuestra independencia!"

Para concluir, no encuentro frases más adecuadas que las siguientes, por Ud. estampadas, refiriéndose á estas repúblicas.

Un país así, que no opone el contrapeso de sus derechos á los desmanes de la autoridad, es un país perdido para la libertad y para la democracia.

SEÑOR DON N. N.

Muy señor mío y amigo: Con sentimiento leí la carta que á fines del año pasado dirigió Ud. públicamente á la Unión Ibero-Americana, no tanto por lo que decía, como por la antipatía que á España y todo lo que es español revelaba.

Ahora acabo de ver otra en que ratifica Ud. el espíritu de la primera y añade nuevas pruebas para deprimir á mi patria y á mis compatriotas.

. . . .

Que un anglo-sajón, un indígena, ó un ignorante hispano-americano hubiesen escrito lo que Ud. escribió, lo disculparía, aunque no lo justificaría; pero que lo escriba y ratifique un hombre ilustrado como Ud. y de abolengo español, cosa es que sólo viéndola escrita pudiera creerla, no pudiendo hacerle la ofensa de tomarle por un renegado de su raza.

. . . .

Ignoro, y no quiero averiguar, el móvil que impulsa á Ud. en su ingrata tarea; supongo que tendrá algún hondo resentimiento para faltar abiertamente á las reglas de la Lógica, falsificar la Historia y examinar los hechos aisladamente y sólo por el lado que á sus miras conviene. Quiero suponer que Ud. tenga justos motivos de resentimiento, pero ni aun esto justifica sus injusticias. Nada rebaja más al escritor público que el dejarse arrastrar de sus pasiones, y nada le enaltece tanto como reconocer el mérito de sus adversarios.

Usted amigo N. N. cita capítulos aislados de las Leyes de Indias, sin tener en cuenta la época, circunstancias y motivos porque fueron dictadas. Esas leyes han merecido aplausos de extranjeros ilustrados, tal vez no tanto como Ud., pero sí más imparciales.

Si no se tratase de España, sometería al fallo de Ud. la comparación de esas leyes promulgadas hace siglos para pueblos conquistados y poco domados, con otras de pueblos libres y republicanos en las vísperas del siglo veinte.

Contrario á lo que esperaba del talento de Ud., para disculpar faltas que no puede negar, echa Ud. mano, amigo N., de un argumento tan gastado como baladí. Dice Ud., copiando á otros muchos, que todos los males de la América Hispana son debidos á la mala educación que España trajo aquí.

Yo he sido educado en un seminario, por maestros católicos, y carlistas como es de suponer. Si hoy abrigase aquellas ideas alegando mi educación, ¿no me diría Ud. que soy bastante viejo para pensar con mi cabeza?

Pues bien: la independencia de los hispano-americanos, es más vieja que yo, señor N.; ustedes y yo hace mucho que somos mayores de edad y responsables de nuestros actos, por consiguiente. Si ridículo le parecería á Ud. que yo achacase mis errores políticos y religiosos á la educación, más ridículo me parece á mí que jóvenes como Ud. se disculpen con la educación que España dió á sus abuelos.

El catolicismo y el absolutismo son los crímenes que España trajo á América.—¿Esperaba Ud. ni nadie que una nación católica por muchos siglos trajese la libertad de cultos, ó que un rey absoluto estableciese aquí repúblicas?

El crímen católico siguió imperando en la América independiente, y aquí mismo, en Guatemala, el fanatismo religioso domina hoy apesar del freno que le puso Barrios y que ni Ud. ni la prensa se atreven á combatir. Desde que el valiente é ilustrado padre

de Ud. se retiró de la arena, la idolatría católica es el verdadero culto nacional.

En punto á política, la tiranía de algunos presidentes de las repúblicas ha dejado atrás el absolutismo de los reyes en las monarquías.

Con esto no quiero decir que yo sienta que estas antiguas colonias hayan ascendido á nacionalidades; lejos de gozar con sus desgracias, como Ud. y otros con las de España, me sentiría orgulloso de verlas figurar á todas en primera fila entre las naciones más prósperas y adelantadas, porque son de mi raza y yo no abrigo ni sombra de odios de familia. Cuando leo los ataques de Ud. y otros á la patria de sus mayores y míos, siento que mis antepasados hayan sido los descubridores y pobladores de la América. ¿Quién en el mundo ha hablado y escrito tanto y tan malo contra los españoles de España como los españoles de América? ¿Qué mucho, en vista de esto, que la raza anglo-sajona nos desprecie viendo unos hijos que con tan negros colores pintan á sus padres? En los libros y periódicos de España que Ud. ha leído ¿ha visto esa manía de atacar á los pueblos hispanos de América? ¿Supo Ud. jamás de un solo caso en que un americano fuese insultado y apaleado por un grupo de españoles? Pregunte Ud. á los que por España han viajado ó en ella han residido, si nadie los ha provocado con mueras á su patria.

Eso no sucedió nunca allí, señor N., porque allá no hay escritores que se propongan envenenar la juventud con odios de raza. Si un caso de estos sucediese, la prensa y las autoridades no permanecerían calladas.

Entre los hombres célebres de la América española cita Ud. á dos indios y pudiera citar muchos más. Pregunto: ¿puede Ud. citarme uno sólo en los Estados-Unidos con quienes compara Ud. siempre á España, para darle la peor parte, por supuesto?

Esos indios, verdaderos americanos según Ud., y los únicos en mi opinión, han sido tan humanitariamente tratados en la nación modelo para Ud., que de

los millones que allí existían cuando los holandeses les robaron la isla Manhatan, no quedan más que unos pocos miles encerrados en estériles corrales (*reservations*) del Oeste. Y esto gracias á los cuákeros que se opusieron al *humanitario* exterminio. De otra manera no hubiera quedado ni un aborígene para exhibirlo en un museo de curiosidades antiguas.

Aquí, en esta nación despóticamente gobernada por España, las dos terceras partes de los habitantes son indígenas. Usted tal vez me replique que el exterminio les hubiera sido preferible. Yo les dejaré á ellos la decisión, y para que puedan juzgar con pleno conocimiento de causa, espero les diga Ud. que en la nación modelo, exceptuando los chinos desde hace algún tiempo, todos los extranjeros pueden ser ciudadanos, menos los indígenas americanos, los cuales no son admitidos ni como testigos en los tribunales, ni tienen derecho alguno político ni civil más que el de morirse de hambre ó de ser cazados como fieras, si salen de sus corrales. La mayor parte del ejército nacional está empleado en aplicarles estos *derechos*.

Mucho me sorprende, amigo N., que preciándose Ud. justamente de ilustrado, falsifique abiertamente hechos históricos recientes y de todos sabidos. Dice Ud. que España, Francia é Inglaterra quisieron imponer la monarquía en México.

¿Es posible que quien derrocha erudición, ignore el contenido del tratado de París? España é Inglaterra fueron con Francia á México á reclamar cada una su deuda. Prim desembarcó sin oposición alguna en Veracruz, y tomó posesión del castillo de San Juan de Ulúa y la isla de Sacrificios. Sabidas las instrucciones secretas del comisionado francés para establecer una monarquía, Prim y el general inglés protestaron y se retiraron sin esperar órdenes de sus gobiernos.

Esto fué público y notorio en México y en todo el mundo civilizado, aun antes de publicarse la famosa carta de Prim al Emperador de los Franceses. Y

no obstante todo eso, tiene Ud., erudito Sr. N., el valor de decir que "el Conde de Reus creyó *prudente* no exponer su ejército á la bravura" de los generales mexicanos, ó hablando en plata, que Prim tuvo miedo. ¿Sabe Ud. cómo aquel conde ganó el título de Marqués de los Castillejos? ¿Puede Ud. citarme un *enemigo* político que tachase á Prim de cobarde?

Según Ud., el general español se retiró de Veracruz por prudencia rayana en miedo. ¿Por qué se retiró el general inglés que se fué con Prim? Curiosidad tengo de saberlo.

....

Igual falsificación histórica que la de México, cometió Ud. Sr. N. cuando dice que "España tuvo pretensiones de reconquista" en el Perú y Chile. Para ese imaginario objeto se necesitaba un ejército y España no mandó á Valparaíso y Callao más que una escuadra, sin tropas de desembarque. Usted no ignora el motivo de aquel bombardeo ni la causa por qué se suicidó Pareja.

Dos errores más cometió Ud. al decir que los "héroes" cubanos luchan por la "autonomía."

El calificativo *"héroe"* tiene sin duda para Ud. y otros muchos un significado opuesto al que le damos los españoles. Esos *héroes* que dicen luchar, no por la *autonomía* sino por la *independencia,* queman propiedades y pueblos indefensos, vuelan con dinamita ferrocarriles y edificios, asesinan peninsulares é insulares pacíficos, disparan con balas explosivas, violan mujeres, y se portan en fin, como los salvajes más bárbaros.

A esos *héroes* se les llama en castellano, incendiarios, asesinos, violadores y criminales de la peor especie y de la más baja ralea.

Si una partida de indios cometiera tropelías semejantes en Guatemala ¿les daría Ud. el título de *héroes?*

Usted me dirá sin duda que aquí no hay paridad, porque Cuba es tierra de España y no de Guatemala,

y que cualquier crimen cometido contra españoles y sus partidarios es para Ud. una acción heroica, santa.

Termino, amigo N., esperando haber llevado á su ánimo el convencimiento de que, arrastrado por la pasión, ha cometido Ud. una serie de injusticias contra mi patria y mis compatriotas, que no creo le hayan hecho á Ud. ningún mal imperdonable. Siendo tan noble el reconocimiento de nuestras faltas, confío en que su hidalguía le hará olvidarse del amor propio y rectificará públicamente los erróneos conceptos públicamente emitidos en sus dos referidas comunicaciones.

Si contra lo que espero, cree Ud. aun tener la razón de su parte, le faculto para publicar esta carta y la contestación de Ud., á condición de que el periódico donde vean la luz, admita mi réplica. De este modo el público juzgará la cuestión (*)

Es Ud., amigo N., hijo de un hombre ilustre y sería una lástima que dejase Ud. pasar su nombre á la Historia sombreado por la pasión.....

(*) No habiendo hecho ni lo uno ni lo otro, la publico yo con ligeras supresiones, omitiendo el nombre por deferencia.

La cuestión de Cuba

No pudiera elegirse peor momento que el actual ni peor punto que la América del Centro para presentar bajo su verdadero aspecto la cuestión de Cuba.

No bien estalló allí una insurrección á pretexto de independencia, no hubo una república hispana donde no se gritara:—*¡viva Cuba libre,!*—y este grito lanzado por la juventud inexperta, á quien se fascina fácilmente con una palabra bonita, lo repiten hombres de edad madura, que antes de hablar, debieran saber de que hablan.

Contra esa impremeditada frase, sentaré esta otra fundada en mi larga experiencia y profundo conocimiento que tengo de los hombres de Cuba:

Cuba nunca será libre ni independiente.

Debo advertir de antemano que nadie desea más que yo, que terminada la actual insurrección, se deshaga España de esa Isla del modo más honroso que pueda, pero que se deshaga de cualquier modo.

A esta tarea pienso dedicar mis débiles esfuerzos. No quiero que Cuba siga siendo el cementerio de la juventud peninsular que á ella viene con el objeto de ganarse la vida, ni que España se arruine y se despueble para proteger con su bandera una muchedumbre de ingratos, los cuales llevarán la penitencia en el pecado, como suele decirse.

Esa juventud que allá encuentra la muerte buscando la vida, se desparramará por todo el continente y trabajará en climas menos mortíferos, obteniendo trabajo más fácilmente y mejor recompensa á sus sudores y esfuerzos. Obtener una colocación en Cuba, era hace ya muchos años tan difícil como fácil es en

estas repúblicas, escasas de brazos y abundantes en recursos explotables.

No es, pues, la pasión llamada patriotismo, la que guía mi pluma; es el amor á la tierra do nací, y á esa Isla que amaré á pesar de todo, porque en ella pasé once años, los mejores de mi juventud, y donde contraje amistades que treinta años de ausencia no han amortiguado. Escribo, no por pasión, no por interés; escribo por amor á mi raza, por amor á la humanidad.

Los habitantes de Cuba pueden dividirse en tres grupos: peninsulares, 400,000; insulares blancos, 500,000; y africanos, 800,000.

Si la Isla consiguiese su independencia, los peninsulares tendrían que emigrar en masa si deseaban conservar sus vidas y lo poco que les quedase de su hacienda. Junto con ellos tendrían que ausentarse los autonomistas y partidarios de España, quedando el resto de los insulares blancos enfrente de los africanos, mucho más numerosos é individualmente más fuertes. El negro de Cuba no es apático como el indio de Guatemala; su bello ideal es imitar al blanco y sobrepujarle. Su odio á éste no se borrará en muchos años, y jamás lo olvidará del todo. En las espaldas lleva escrita con látigo la historia de su esclavitud; infiltrado en su corazón el rencor á los blancos que le vendieron como á un animal, á él, á su mujer y á sus hijos; que le miraron y trataron como cosa, y que le robaron el producto de su trabajo. De ahí que hoy empuñe con satánica fruición la tea incendiaria y reduzca á cenizas la riqueza que él amontonó con su sudor y en la que no tuvo la más mínima participación.

¿Se someterá de nuevo el negro al blanco siendo más fuerte y teniendo tantos motivos de venganza? ¿Se someterá el blanco al negro á quien tuvo como esclavo y siempre miró con soberano desprecio? Quien crea que la fraternidad puede borrar estos odios y apagar la devoradora sed de venganza, no conoce la humanidad. Los revolucionarios franceses eran más civilizados que los negros de Cuba y tenían cien veces

menos motivos para odiar la nobleza; no obstante véase cómo se portaron cuando su sufrimiento hizo explosión.

Las hecatombes francesas serán juego de niños comparadas con las que le esperan á Cuba si llega á ser independiente. Recuérdese el exterminio de los blancos en Haití.

El numeroso partido autonomista se formó después de terminada la insurrección del 68 al 78 y está compuesto de los cubanos de más valer en saber y en hacienda.

Ese partido condenó enfáticamente en más de un manifiesto y por medio de sus periódicos la actual insurrección.

¿Era por amor á España?

No: era por temor á los libertadores; era y es porque veía claras las naturales consecuencias que dejo apuntadas.

¿Conocerán esos cubanos mejor que nadie á sus compatriotas? ¿Tendrá nadie más amor que ellos al bienestar de la Isla? ¿Qué otras razones más que el temor á la anarquía y á la disolución tendrían los autonomistas para oponerse á la independencia de su patria?

Digna de meditarse por los hombres sensatos del exterior, es esta determinación de los cubanos de más valer y que mejor conocen la situación.

Como la anarquía es el extremo opuesto á la libertad, tendremos que

Cuba no será libre.

El que sepa cómo los Estados Unidos robaron á México la mitad de su territorio; el que recuerde los esfuerzos de Mr. Grant para anexar la isla de Santo Domingo; el que haya visto la intervención de los Estados Unidos en las repúblicas hispanas, Colombia, por ejemplo, á pretexto de proteger los *intereses americanos;* el que haya leído los brutales discursos de los legisladores en Washington, insultando á España, á su Reina regente y á toda la raza hispana,

cuando trataron de reconocer como beligerantes las hordas cubanas en armas; el que vea la publicidad con que la Junta cubana funciona en Nueva York, equipa y envía expediciones con hombres, armas y dinamita para hacer la guerra á España, nación diplomáticamente amiga de los Estados Unidos; el que haya reparado en los esfuerzos de aquel Gobierno para conseguir la impunidad de filibusteros y expedicionarios hechos prisioneros en Cuba; el que sepa esto y no cierre los ojos á la evidencia, se convencerá de que el objeto de los Estados Unidos no puede ser otro que el de apoderarse de Cuba. Independiente y anárquica la Isla, el Gobierno de Washington intervendría á pretexto de proteger sus ciudadanos y los intereses de éstos, como ha hecho otras veces con menos motivo, y de aquí deduzco que

Cuba no será independiente.

Los que con tanto afán trabajan por el triunfo de la insurrección, sepan que trabajan por el triunfo de los Estados Unidos, por su preponderancia en toda la América y por su primer paso para dominar hasta Darién.

Dueños los *yankees* de Cuba, les sería muy fácil apropiarse Santo Domingo, encerrar á México, arrancarle para principiar algunos Estados fronterizos á la menor revuelta, y amenazar la independencia de la América Central.

El que crea que esto es un sueño, no conoce el carácter dominante y absorbente de los legisladores norte-americanos, ni su insaciable codicia.

Si no aspiran á la posesión de Cuba ¿querrá alguno explicarme el motivo por qué se constituyeron en arsenal, refugio y centro de operaciones de los insurrectos?

¿Será por vengarse de España?

No les hizo ésta ofensa alguna.

¿Por simpatía á los cubanos?

Los desprecian como á toda nuestra raza.

¿Será por humanidad?

Esta santa palabra es un sarcasmo en boca de un gobierno que robó un inmenso territorio y exterminó á millones de sus propietarios.

¿Será por amor á la justicia?

Esta, como la caridad, debe principiar por casa. El pueblo de Nueva Orleans asesinó de un modo bárbaro once italianos que habían sido declarados inocentes por el Jurado; recientemente sufrieron igual suerte otros tres y, lo mismo que en los cuotidianos *linchamientos,* nadie fué castigado, ni tan siquiera encausado.

¿Cuál puede ser, pues, el motivo porque el Gobierno de los Estados Unidos favorece descaradamente á los rebeldes de Cuba, faltando á las leyes internacionales?

Esa nación obtuvo de Inglaterra una indemnización de quince millones y medio de pesos por los daños que le causaron el *Alabama* y otros corsarios, escapados de los puertos ingleses *por no haber ejercido* Inglaterra *la debida vigilancia.* (Palabras textuales del arbitraje de Ginebra.)

Inglaterra aceptó el fallo á condición de que esta decisión formase parte del derecho internacional.

Pues bien: de los Estados Unidos salieron para Cuba, debidamente despachadas en las aduanas, expediciones con hombres y armas, y volvieron á buscar nuevos cargamentos, haciendo gala de haber desembarcado los primeros. Después se consultó la Corte Suprema, como si la ley no fuera bien sabida, y aunque ésta declaró ilegales tales expediciones, salieron varias, deteniendo el Gobierno unas pocas, para cubrir el expediente.

Y si se quiere una prueba más de la mala fé del Gobierno de Washington, recordaremos el injusto cobro de la reclamación Mora, deshechada por el Conde Lavensworth, Ministro de Suecia y Noruega en Washington, nombrado árbitro por la Comisión de España y los Estados Unidos. Esa reclamación, $1.500,000, databa de la primera insurrección de Cu-

ba y vinieron á exigirla los Estados Unidos cuando vieron á España comprometida en esta guerra.

Este hecho es una prueba más de la *caballerosidad y buena fé* del actual Gobierno de Washington.

Una pregunta más para concluir este asunto. ¿Qué motivos más que las repúblicas hispanas pueden tener los Estados Unidos para constituirse en encubridores, protectores y refaccionistas de las hordas que asolan la isla de Cuba?

Ni el Gobierno de México, ni los de Centro-América, ni el de Santo Domingo, ni el de república hispana alguna, han prestado auxilio visible á la insurrección, apesar de ser esos pueblos de la misma raza que los cubanos y de haber conquistado su independencia. ¿Por qué entonces más que por el interés de anexar la isla prestan los Estados Unidos su apoyo á los insurrectos?

He llamado á estos *hordas* y ahora agregaré *salvajes,* escandalizando sin duda á los que les llaman *patriotas, héroes, &*......

A los hombres se les juzga por sus hechos y no por la bandera bajo que tratan de cubrirse.

Los incendiarios son castigados en todas partes como asesinos, y lo mismo los que descarrilan ó vuelan trenes cargados de pasajeros pacíficos; á los estupradores y á los asesinos de neutrales, se les llama bandidos y se les castiga como á tales. ¿Por qué, pues, á esos crímenes se les llama heroicidades?

Si los que roban, incendian, asesinan y estupran, son héroes ¿qué nombre les daremos á los que se baten como hombres y mueren como valientes en defensa de una causa?

Preciso será llamarlos facinerosos.

Si el sistema adoptado por los *libertadores* cubanos es guerra civilizada, quisiera que alguno me dijese qué entiende por guerra de salvajes. ¿Qué pueden hacer estos que no hayan hecho los *héroes* cubanos?

Los españoles defienden con sus vidas las poblaciones y las familias que en ellas viven y las que á

ellas se acogen, y les llaman feroces, sanguinarios, asesinos, &; á los que privan á las familias que no exterminan, de albergue, ropas y pan los apellidan *patriotas y héroes*. ¿Se habrá vuelto al revés el idioma ó se habrá perdido el sentido común tratándose de Cuba?

Se quiere reducir la isla á cenizas para librarla de España, dicen algunos. ¿Qué se diría de los españoles si llegado el caso de tener que retirarse, incendiaran las poblaciones y fusilaran las familias cubanas como los héroes del fósforo y la dinamita hacen con las de españoles y aun de cubanos?

Oh! entonces sería de oirse la gritería de los libertadores y de los que con ellos simpatizan; no obstante, este proceder no sería más que el pago del talión. Para ciertas gentes las virtudes de los españoles son crímenes, y virtudes los crímenes de los *héroes* cubanos. Hasta tal extremo ciega la pasión.

Más de un consejero oficioso ha propuesto á España que conceda á Cuba la independencia en las actuales circunstancias. A esto preguntaré:

¿Cuántos son los cubanos en armas? ¿Cuarenta mil contando los extranjeros? Lo concederé, aunque el cálculo sea exagerado. Más de cien mil hijos de Cuba están al lado de los españoles, sin contar las mujeres, y de ellos hay cuarenta mil peleando contra la independencia. Por más que se quieran exagerar las cifras, nunca se podrá negar que los insurrectos en armas son una minoría, y que no representan la voluntad del pueblo de Cuba, asi como los indios y los malhechores de Guatemala no representan la voluntad nacional.

Si ahora examinamos quiénes son los rebeldes, tendremos una poderosa razón más para sostener que el verdadero pueblo no pide la independencia.

Sin negar que en las filas insurrectas habrá algunos hombres honrados y de valer, sobre todo jóvenes alucinados por la esperanza de obtener altos puestos en la República, los hechos de la insurrección prueban á no dejar duda que la gran masa la componen

gentes de color que nada tienen que perder, vagos, que tanto abundan en los climas ardientes, y malhechores reñidos con la justicia, para quienes la revolución es un paraíso, por cuanto pueden robar, asesinar, violar mujeres y dar rienda suelta á sus pasiones.

Esos no son el pueblo cubano; esa es la escoria que en tiempo de revueltas sale á la superficie, Si la mayoría de la parte decente de ese pueblo pidiese la independencia, yo sería el primero en darle mi debil apoyo. Pero ¿qué representan esas hordas salvajes? ¿Qné gobierno podrían establecer esos apóstoles del anarquismo? ¿Qué garantías podrán dar incendiarios y asesinos? ¿Qué hombre les confiaría su hacienda y su vida?

Aun cuando España se determinase á conceder ahora la independencia, ¿con quién había de tratar? El hombre de más preponderancia en la actualidad, es Antonio Maceo. ¿Qué crimen no ha cometido? ¿Qué sería de los blancos, sobre todo los adictos á España, bajo el gobierno de Maceo y sus hordas?

Horror da pensarlo.

España tiene deberes sagrados con los que le han sido fieles y no puede retirarse con honor sin estar segura de que los deja bajo un gobierno honrado.

En resumen:

Cuba no puede ser independiente, porque la devoraría la anarquía que ha principiado ya, y tendría por necesidad que caer en manos de los Estados Unidos, ó sea del llamado *destino manifiesto*.

La única solución del problema es la autonomía y por ella deben trabajar todos los hispanos que no quieran ser dominados por el Coloso del Norte.

Termino manifestando el sentimiento que me causa la ligereza con que muchos aplauden la insurrección de Cuba, sin conocer su naturaleza ni comprender las fatales consecuencias que su triunfo traería para la América Latina. Duéleme ver el placer con que algunos verían desterrada de este continente á la patria de sus mayores; y esto es tanto más de sentir, cuanto que otras naciones europeas, que nada

han hecho para descubrir la América, conservan aquí posesiones sin que nadie se resienta por ello. Que los anglo-sajones profesasen odio á España no me sorprendería; que se lo profesen los que llevan sangre española en sus venas, no me lo explico. De mí sé decir que, después de mi familia y mi patria, los primeros son los de mi raza; y me consideraría degenerado si otros fueran mis sentimientos.

La cuestión de Venezuela

Deseando Mr. Cleveland ser reelegido Presidente de los Estados Unidos, jugó el último triunfo de su baraja política, erigiéndose árbitro de la cuestión entre Venezuela é Inglaterra.

El nombramiento de una comisión para que recogiese datos y estudiase el asunto, es una prueba de que Mr. Cleveland no sabía de parte de quién estaba el derecho.

La América Latina, desde México á la Argentina, aplaudió, dolor da decirlo, las frases de Mr. Cleveland, sin comprender el objeto ni el alcance de las mismas.

Oponerse á las incursiones de Inglaterra, es un paso laudable; pero esa oposición debiera proceder de la América Latina en masa, y no de una raza antagónica que aspira á dominar políticamente la América hasta el Istmo de Panamá, y mercantilmente hasta el Estrecho de Magallanes.

¿Quién no recuerda la tendencia del Congreso Pan-Americano? Blaine murió, pero su espíritu vive en el corazón de los políticos americanos, y no morirá jamás. Una comisión de manufactureros y especuladores acaba de visitar la América del Sud para renovar la antes frustrada tentativa de Blaine. El objeto latente de la política de la América del Norte es hacer que las del Centro y Sud cierren sus puertos á los productos europeos y dén entrada libre á los de los Estados Unidos, más caros y de inferior calidad. A cambio de este privilegio prometen los del Norte dar entrada libre á las materias primas que el Sud y Centro producen y que ellos necesitan.

Las ventajas de este libre cambio son todas para los anglo-sajones, y todos los perjuicios para los latinos. Las materias primas tienen en todos los mercados del mundo un precio arreglado á la existencia y la demanda; los artefactos de los Estados Unidos en los mercados donde no tienen competencia, los fijan los fabricantes de los mismos.

Espero que los latinos no sean tan miopes que acepten un juego en que pueden perder mucho y no ganar nada.

Abran sus puertos á los productos del Norte, pero no se los cierren á los de Europa.

La competencia es el alma del comercio y el escudo contra el monopolio.

La mira política de Mr. Cleveland constituyéndose campeón de la doctrina de Monroe, no es otra que la de ejercer una especie de protectorado sobre las repúblicas latinas.

La tan manoseada como mal entendida doctrina de Monroe, era contra la reconquista de las colonias que se habían hecho independientes; era para que Europa no atacase la independencia de las nacientes nacionalidades, y no crease otras nuevas; pero no para que renunciase á sus antiguas posesiones.

Si Inglaterra tratase de apoderarse de la nación venezolana ó atacase su independencia, entonces podría tener aplicación la doctrina de Monroe; más tratándose de una faja de terreno despoblado sobre el que ni Inglaterra ni Venezuela ejercieron nunca dominio directo, la intervención de Mr. Cleveland es simplemente una quijotada. ¿Son acaso niños de teta los países latinos de América para aceptar la protección de semejante padrasto? ¿Quién pidió esa protección y de cuándo acá los Estados Unidos han hecho algo por nadie?

Jorge Washington, que fué sin disputa el Presidente más honrado de los Estados Unidos, recomendó muy especialmente á sus conciudadanos que atendiesen á sus negocios y no se mezclasen en los agenos.

¿Qué motivo pudo tener Mr. Cleveland para despreciar ese sabio á la par que egoista consejo?

¿La humanidad? Es un sentimiento que no afecta á los políticos.

La Casa-Blanca es una residencia llena de atractivos. Mr. Cleveland deseaba pasar cuatro años más en aquella suntuosa mansión. ¿De qué medio valerse para conseguirlo habiendo tantos y tan poderosos rivales? Las promesas con que subiera á la presidencia no habían sido cumplidas; la rebaja de la tarifa había quedado en proyecto, y esto le había hecho perder las simpatías de su mismo partido.

Tenía que buscar otro apoyo. ¿Dónde encontrarlo? En una nueva política, simpática á demócratas y republicanos. Unos y otros ambicionan la preponderancia de su país en toda la América. Cuando se sabe sonar la trompeta del patriotismo, no hay pueblo que no responda. La doctrina de Monroe es la más patriótica en los Estados Unidos y de ella echó mano el ambicioso Presidente. La cuestión de Venezuela con Inglaterra, hasta entonces olvidada, era un magnífico pretexto, y Mr. Cleveland se agarró de ella como el náufrago á la tabla flotante. Ignoraba de parte de quién estaba la razón, pero ¿acaso lo averiguaba Don Quijote cuando se metía á desfacer entuertos? La razón era lo de menos, la reelección lo de más. Dió el pitazo y el eco lo repitió desde el Canadá á la Florida, desde Nueva York á California. La nación entera batió palmas, la América Latina aplaudió sin saber lo que hacía, y Mr. Cleveland dijo para sus adentros: ¡qué gran político soy yo! ¡Maquiavelo era un quidam al lado mío!

Mas ¡oh desengaño, qué amargo eres! Republicanos, demócratas y *populistas* eligieron su candidato para la presidencia sin acordarse de Mr. Cleveland; la cuestión del *peso* les hizo olvidar la doctrina de Monroe por el momento.

No olvide la raza latina en América, que la anglosajona aspira á dominar este continente políticamente una parte y comercialmente el todo. Para ello

cuenta con una ambición sin límites, una tenacidad de bien templado muelle, una unidad de que nosotros carecemos y una conciencia tan blindada que los escrúpulos no la penetran.

Si las repúblicas latinas quieren librarse de tan peligroso tutelaje, es necesario que se unan moralmente y que defiendan por sí mismas sus derechos, rechazando la protección del Tío Samuel, tan peligrosa como la del lobo para los corderos.

"AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS"

¡Perfectamente!

Nada más justo.

Pero ¿quiénes son los americanos?

Los ciudadanos de los Estados Unidos del Norte creen que son ellos exclusivamente. *Civus romanus sum* (soy ciudadano romano) decían con orgullo los romanos; *I am an American citizen* (soy ciudadano *americano*) dicen con más orgullo aún los habitantes de los Estados Unidos del Norte, sin exceptuar el irlandés, el dia mismo en que se naturaliza ó ingerta.

Los habitantes del Brasil y las Repúblicas hispanas, sin excluir los africanos, se tienen también por americanos.

¿Merecerán unos y otros este título?

Veámoslo.

Los unos pertenecen á la raza caucásica, oriunda de Europa; los otros á la negra, oriunda del Africa.

Los idiomas que hablan, inglés, español, portugués, son todos europeos, y lo mismo sus apellidos, costumbres, industrias y hasta vestidos.

¿Quiénes son, pues, los verdaderos americanos?

Los indios, primitivos habitantes de América, raza enteramente distinta de la caucásica y negra, sin semejanza alguna con los europeos ni en color, ni en lenguaje, ni en costumbres, ni en trajes; esos son los americanos.

Los blancos nos dirán que son americanos porque nacieron en América y los negros alegarán lo mismo.

A esto replicaré que apesar de haber nacido aquí no han cambiado su raza: que siguen siendo los unos blancos, los otros negros, pero ninguno cobrizo ó rojo.

Nuestros padres conquistaron este continente, dirán los blancos, y nosotros como descendientes suyos somos los dueños de estos territorios por herencia.

Si los conquistadores no eran americanos tampoco pueden serlo sus descendientes.

Podrán ser poseedores del terrreno, como lo es el ladrón de la cantidad que roba; pero nunca aborígenes, jamás americanos por raza.

La conquista es un robo en gran escala, y aunque la costumbre lo haya reconocido como un título de hecho, nunca lo será de derecho. Las tierras pueden ser conquistadas; los habitantes pueden ser reducidos á la esclavitud; podrán ser despojados de todo, menos del título que les da su oriundez y su raza.

El título de *americanos* pertenece, por lo tanto, exclusivamente á la raza aborígene. Los descendientes de europeos y africanos podrán vivir aquí siglos y siglos, ser *habitantes* de América, pero no *americanos.*

Los que reclaman, pues, la *América para los americanos,* deben, si son blancos ó negros, irse á vivir allá á los lugares de donde su raza es oriunda, y dejar la América á los indios por ser éstos los únicos *americanos* por raza y por oriundez, como queda dicho.

Si el descendiente de europeos ó africanos tiene derecho á estar aquí, también lo tendrán todos los que aquí quieran venir. Lo que fué lícito hace tres ó cuatro siglos, también lo es hoy.

En suma: O América para todos, ó para los indios exclusivamente.

DE VENTA:

Establecimiento de Don Félix Ruiseco,

GUATEMALA

PRECIO:

Un ejemplar............................ Dos reales
Cinco ejemplares...................... Un peso
Por correo franco de porte, dos reales el ejemplar.